

Colección Ciencias Sociales y Humanidades

Un mapa del giro metodológico

Catalogación en la fuente - Biblioteca Central de la Universidad Pedagógica Nacional

Linares Londoño, Óscar Javier.

Un mapa del giro metodológico. Historia de las ideas, los conceptos y los lenguajes políticos en América Latina / Óscar Javier Linares Londoño. – Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2021. 204 páginas. – (Colección Ciencias Sociales y Humanidades).

Incluye: Referencias bibliográficas

ISBN impreso: 978-958-53564-5-0

ISBN PDF: 978-958-53564-6-7

ISBN ePub: 978-958-53564-7-4

1. Historia Conceptual – América Latina. 2. Filosofía Política. 3. Pensamiento Político – América Latina. 4. Ideología Política – América Latina. 5. Ciencias Políticas – América Latina. 6. Libertad. 7. Aguilar, José Antonio – Crítica e Interpretación. 8. Fernández Sebastián, Javier – Crítica e Interpretación. 9. Palti, Elías – Crítica e Interpretación. I. Tít.

320.5 21.ed.-

Un mapa del giro metodológico

Historia de las ideas, los conceptos
y los lenguajes políticos
en América Latina

ÓSCAR JAVIER LINARES LONDOÑO



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Educadora de educadores



**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL**

Educadora de educadores

Leonardo Fabio Martínez Pérez
Rector

John Harold Córdoba Aldana
Vicerrector Académico

María Isabel González Terreros
Vicerrectora de Gestión Universitaria

Fernando Méndez Díaz
Vicerrector Administrativo y Financiero

Gina Paola Zambrano Ramírez
Secretaria General

Colección Ciencias Sociales y Humanidades

Todos los derechos reservados

© Universidad Pedagógica Nacional

© Oscar Javier Linares Londoño

Primera edición, 2021

ISBN impreso: 978-958-53564-5-0

ISBN PDF: 978-958-53564-6-7

ISBN ePub: 978-958-53564-7-4

DOI: <https://doi.org/10.17227/cs.2021.6467>

Fechas de evaluación:
11-09-2020 / 18-09-2020

Preparación editorial

Grupo Interno de Trabajo Editorial
Universidad Pedagógica Nacional
Carrera 16A n.º 79-08
www.editorial.pedagogica.edu.co
Teléfono: (57 1) 347 1190 - (57 1) 594 1894
Bogotá, Colombia

Alba Lucía Bernal Cerquera
Coordinación

Miguel Ángel Pineda Cupa
Edición

Martha Méndez Peña
Corrección de estilo

Johny Adrián Díaz Espitia
Diagramación y finalización de artes

Juan Camilo Corredor
Diseño de portada

Juan Camilo Corredor
Johny Adrián Díaz Espitia
Diseño de la colección

Hecho el depósito legal que ordena la Ley 44 de 1993 y decreto reglamentario 460 de 1995.

Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método, sin la autorización por escrito de la universidad.

*A mi madre, por haber posibilitado mi espacio de experiencia.
A mi hija, por haber desplegado un nuevo horizonte de expectativa.*

*La historia, entonces, se convierte de hecho en un montón
de trucos que le hacemos a los muertos.*

QUENTIN SKINNER

TABLA DE CONTENIDO

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	17
Un mapa del giro metodológico	17
HISTORIA DE LAS IDEAS: LAS DOCTRINAS	37
El proyecto de la historia de las ideas	38
La gran cadena de las ideas inmutables: Lovejoy	39
La historia de las ideas en Latinoamérica: Zea	43
Zea: entre modelos y yerros	45
¿“Otro tipo de historia de las ideas”?	49
Las ideas originales	49
La originalidad como novedad (Aguilar) y como origen (Zea)	51
“Bocanada fresca de aire viejo”	58
Imitaciones y definiciones: los problemas de Aguilar	64
La fragilidad de la originalidad	65
¿Imitar con criterio?	68
Rasgos definitorios sí, esenciales no	70
La apuesta por el liberalismo	74
IBERCONCEPTOS: LOS CONCEPTOS POLÍTICOS FUNDAMENTALES	77
“La historia conceptual se practica hoy de muchas maneras”	77
Todos contra los anacronismos	78
La importancia de los conceptos y el formato diccionario	80
La ausencia de referentes teóricos y metodológicos	82
El sincretismo metodológico	83

<i>Iberconceptos: la apuesta por los conceptos</i>	86
¿Cómo se reconstruyen las experiencias de los agentes del pasado?	88
¿Bielefeld o Cambridge?	90
Los teoremas koselleckianos y el <i>Sattelzeit</i>	95
La distinción entre <i>palabras</i> y <i>conceptos</i>	98
Los <i>conceptos fundamentales</i>	103
La semasiología y la onomasiología	107
Los límites intrínsecos de la propuesta	109
El formato diccionario	110
¿Se pueden desacoplar los conceptos de las palabras?	113
Historia versus filosofía	117
Las revisiones al proyecto <i>Iberconceptos</i>	121
HISTORIA DE LOS LENGUAJES POLÍTICOS: LAS APORÍAS	125
La historia del malestar y la búsqueda	130
El malestar y la búsqueda en la trayectoria intelectual de Palti	133
Cruce de caminos disciplinares	136
El malestar: la historia de las ideas	138
¿Qué son las aproximaciones dicotómicas?	138
Las equivalencias y oposiciones	141
El método genealógico: el síndrome del fichero	148
Las mitologías	155
¿Dónde están las ideas puras?	157
¿Es Palti un revisionista?	165
La búsqueda: los lenguajes políticos	167
Rompiendo los marcos de la historia de las ideas	168
Dimensión pragmática (performativa) del lenguaje	170
Visión problemática (aporética) de la historia político-conceptual	172
La historicidad (temporalidad) de los lenguajes políticos	178
CONCLUSIÓN: ¿CÓMO RECONSTRUIR EL VOCABULARIO POLÍTICO?	181
REFERENCIAS	187

PRÓLOGO

En las últimas décadas ha tenido lugar una importante renovación en el campo de la historia conceptual latinoamericana. Se ha publicado una gran cantidad de obras, tanto individuales como colectivas, que ofrecen nuevas reconstrucciones históricas y conceptuales del pensamiento político en la región. La novedad reside en el distanciamiento, algunas veces expreso, respecto de la historia de las ideas tradicional de mediados del siglo pasado. Las nuevas investigaciones, de muy distintas maneras, han procurado abandonar lugares comunes que impedían comprender a los pensadores y actores políticos en sus propios términos y a la luz de los problemas políticos que los motivaban: el énfasis en las “influencias” europeas y estadounidenses, el supuesto de que nada “original” en materia de pensamiento político se había producido en la región, que los pensadores políticos del siglo XIX latinoamericano fueron solo consumidores de doctrinas “importadas”, además de la doctrina del inevitable “fracaso” del liberalismo en una región ajena y “hostil”, son todas aproximaciones que han sido ampliamente criticadas.

Esta renovación ha estado animada en gran parte por la experimentación con las propuestas metodológicas en historia conceptual desarrolladas en la segunda mitad del siglo XX, entre las que destacan el enfoque de los lenguajes políticos de la Escuela de Cambridge, la historia conceptual de Reinhart Koselleck, la historia inconceptual de Hans Blumenberg y la historia conceptual de lo político de Pierre Rosanvallon. Es importante aclarar que no todas las investigaciones recientes de historia conceptual latinoamericana participan de este “giro” metodológico. El trabajo pionero de Charles Hale, que ya advertía en contra de los lugares comunes mencionados, ha sido un referente compartido y a la vez ajeno a estas propuestas metodológicas. Al mismo tiempo, la experimentación con estas últimas ha dado lugar a un encendido debate respecto de cómo llevar a cabo la reconstrucción histórica y conceptual del pensamiento político latinoamericano. Las nuevas investigaciones parten de una serie de compromisos compartidos sobre lo que buscan evitar: los anacronismos conceptuales, las explicaciones teleológicas, la reificación de las “ideas” políticas como entidades que mantienen su identidad a lo largo de los cambios históricos, la tendencia a privilegiar a algunos cuantos pensadores centrales y los acercamientos al pasado desde preocupaciones políticas presentes. Sin embargo, abundan los desacuerdos teóricos y existen diferencias importantes en los objetivos disciplinares desde la historia, la teoría política, la filosofía o la sociología.

En la introducción a esta obra, su autor la presenta como un mapa o cartografía de este debate metodológico latinoamericano. Sin embargo, es mucho más que

un mapa que permite orientarnos en la pluralidad de planteamientos teóricos, los diversos objetivos disciplinarios y los desacuerdos entre los protagonistas. Óscar Linares nos ofrece, a la vez que una cartografía detallada y precisa, una reflexión sumamente crítica de tres propuestas muy diferentes entre sí: la “otra” historia de las ideas de José Antonio Aguilar, el proyecto *Iberconceptos* dirigido por Javier Fernández Sebastián y la historia de los lenguajes políticos de Elías Palti. En cada caso efectúa una reconstrucción minuciosa de la propuesta en cuestión, de los yerros que esta busca evitar y de los objetivos teóricos que la orientan. Aunque la presentación sugiere que se considera a los tres proyectos en un plano de igualdad, el capítulo dedicado al trabajo de Palti subraya su papel central en la renovación de la historia intelectual latinoamericana, así como la mayor complejidad interna de sus planteamientos teóricos y metodológicos.

La reflexión crítica está motivada por el interés genuino de vislumbrar una ruta confiable y claramente identificable para la reconstrucción histórica y conceptual del pensamiento político latinoamericano. Es un interés que para mi buena fortuna pude ver desarrollarse y fructificar conforme Linares se planteaba sucesivas y, al parecer, interminables interrogantes, al intentar reconstruir la noción de *república* en el siglo XIX hispanoamericano. Estas preguntas, como se sugiere en la introducción, están animadas por una preocupación subyacente respecto de la relación correcta entre el interés histórico de reconstruir lo acontecido y el interés filosófico de articular conceptos. Como Linares lo subraya, la reconstrucción del pensamiento político del pasado es una labor tanto histórica como conceptual en la que colaboran los saberes del historiador y los del teórico de lo político. Cómo lograr un balance adecuado entre la historización y la conceptualización sin caer en anacronismos conceptuales, explicaciones teleológicas o la reificación de las ideas políticas, es una interrogante que recorre todo el trabajo. Haber planteado estos desafíos con claridad y señalado cuando no se satisfacen es una de las muchas virtudes de esta obra.

En su estudio de los tres enfoques metodológicos mencionados, Linares descubre que es una empresa compleja y no siempre exitosa la de evitar los yerros que más se temen y satisfacer a cabalidad las propias ambiciones teóricas. Descubre también que la “vieja” historia de las ideas impulsada por Leopoldo Zea es menos vieja y simplista de lo que presumen sus críticos contemporáneos. Aquí, de nuevo, el proyecto de Palti centrado en los lenguajes políticos sale mucho mejor librado del examen crítico que la “otra” historia de las ideas de Aguilar Rivera y la historia conceptual de Fernández Sebastián. Con su análisis cuidadoso de los logros, las ambiciones y fallas de estos tres proyectos, el autor logra articular con éxito una voz propia y hacer una contribución valiosa al debate contemporáneo en un campo en pleno florecimiento.

A juzgar por la conclusión, Linares no ha encontrado todavía respuestas satisfactorias a las interrogantes que motivaron su investigación. Esta insatisfacción, confío, será el acicate para continuar desarrollando su propia voz en trabajos futuros.

Faviola Rivera Castro

Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México

INTRODUCCIÓN

Un mapa del giro metodológico¹

¿Cómo reconstruir histórica y conceptualmente las ideas políticas? ¿Pueden definirse los términos políticos? ¿O los conceptos políticos solo son descriptibles? ¿Su definición implicaría una abstracción sin asidero histórico (como si tuvieran una cierta estabilidad transhistórica)? ¿O se trataría de una descripción necesariamente temporal (y por tanto precaria y en permanente reconstrucción)? ¿Podrían coincidir la historia de las nociones políticas y su contenido conceptual? ¿O historización y conceptualización son cosas distintas? ¿Debemos buscar precisar el contenido de las ideas políticas eliminando sus posibles tensiones? ¿O debemos restituir los sentidos flotantes y ambiguos que los conceptos han adquirido a lo largo de su historia? ¿La posible tirantez entre historización y conceptualización de los lenguajes políticos lleva inexorablemente a distanciar la historia y la filosofía? ¿O hay una manera de encontrar un diálogo fecundo entre las dos disciplinas? ¿Cómo evitar los anacronismos y teleologismos cuando nos proponemos precisar el contenido de una idea, concepto o lenguaje político? ¿O los enunciados ideales de las nociones políticas están salvaguardados, por definición, de cualquier mitología? ¿Cuáles son las diferencias y/o coincidencias (si las hay) entre la historia de las ideas políticas, la historia de los conceptos políticos y la historia de los lenguajes políticos? Preguntas como estas, relacionadas con aspectos metodológicos de la historia del

1 Una primera versión de este libro (mucho más extensa) se presentó como tesis doctoral en el Programa de Maestría y Doctorado en Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Agradezco el apoyo recibido por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) durante mi estancia doctoral en México.

pensamiento político,² motivaron esta investigación en la que me propongo trazar el mapa del giro metodológico en América Latina.³

Para comprender la importancia y pertinencia de esta propuesta cartográfica, en la que pretendo bosquejar las rutas de discusión (y de tensión) del giro metodológico en Latinoamérica, será necesario iniciar con un amplio contexto sobre la emergencia de un debate en el que renovadoras apuestas metodológicas (en algunos casos asociadas al giro republicano) intentaron reemplazar una menguada historia del pensamiento político (en casi todos los casos asociada a la historia de las ideas). Como quedará claro a lo largo de este libro, más que un campo abierto y desbrozado, el giro metodológico es un intrincado y enmarañado paisaje en el que extraviarse parece ser la regla: aunque algunos pocos acuerdos fungen como amplias autopistas, las desavenencias nos conducen irremediabilmente a callejones sin salida. La manera en que me fui acercando a esta pléyade de problemas puede resultar relevadora de lo común que es circular en contravía y accidentarse. El mapa que aquí propongo sirve de señal de alerta ante estos posibles extravíos y tropiezos.

El interés por estos problemas surgió al acercarme al debate contemporáneo sobre el republicanismo clásico. Según algunos historiadores del pensamiento político y algunos filósofos neo-republicanos, existe una tradición humanista cívica que se remonta a la Antigüedad clásica y que, pasando por el Renacimiento y la Inglaterra del siglo xvii, resulta fundamental para entender las revoluciones de independencia americanas (la de las Trece Colonias, la de Hispanoamérica, la de Brasil y la del Caribe). El rescate de esta tradición política, que tendría lugar

2 La extendida, y engañosamente neutral, etiqueta *historia del pensamiento político* ha empezado a entrar en desuso para ser reemplazada por motes como *nueva historia política*, *historia conceptual* o *historia de los lenguajes políticos*. Lo que busca este abandono es bloquear la presuposición de que los objetos de este campo de estudio son las *ideas* (perennes) que reposan en el *pensamiento* (privado) de las y los filósofos, para abrazar otras unidades de análisis: las *prácticas*, los *conceptos* y *lenguajes* (públicos, temporales y contextuales) utilizados por una variedad de agentes históricos (de los más diversos orígenes sociales) en todo tipo de textos políticos (panfletos, libelos, cartas, prensa, canciones, poemas, libros, etc.). No obstante, ante la ausencia de consenso entre las nuevas propuestas sobre cómo nominar aquello que llegó a sustituir a la *historia del pensamiento político*, aquí seguiré usando esta fórmula general.

3 A pesar de que es un aspecto a menudo descuidado, este debate metodológico ha venido cobrando protagonismo en las últimas décadas. Al respecto, véanse: Oncina (2009a, 2009b, 2013), Bocardo Crespo (2007b, 2010), Bödeker (2009), Dosse (2007), Lehmann y Richter (1996), Fernández Sebastián (2007), Palti ([1998] 2012), Palonen (2003b), Dutt (2010), Vallespín (1992, 1995, 2002), Sánchez-Prieto (2009a) y Abellán (1991, 2007).

en la segunda mitad del siglo xx, reaccionó, entre otras cosas, a la manera en que el liberalismo se había enquistado en la historia moderna del mundo occidental. Por ejemplo, Louis Hartz ([1955] 1994) argumentaba que el liberalismo se había desarrollado en Estados Unidos como un “fenómeno natural” (21). Según Hartz, la tradición liberal definió el modo de vida estadounidense desde su fundación, a tal punto que ninguna otra ideología encontraría allí tierra fértil: ni hubo feudalismo en la época colonial ni se arraigó el socialismo posteriormente.⁴ En esta explicación, los estadounidenses se caracterizarían por tener una “mente natural liberal” (22), un modo liberal de vida (individualista, ambicioso, protocapitalista) que revelaría “una total connivencia entre Locke y el Nuevo Mundo” (31). En este argumento, Estados Unidos, Locke y el liberalismo formarían una tríada inseparable e indistinguible sobre la que sería muy difícil establecer jerarquías temporales o conceptuales.⁵ Por ello, no es de extrañar que, para esta interpretación, el liberalismo se haya convertido en el “marco mental fundamental dentro del cual se desplegaría todo el pensamiento político en ese país” (Palti 2002, 168).

Esta “naturalización” del liberalismo en la fundación de las naciones modernas fue característica de la historiografía liberal americana. Para el caso hispanoamericano, por ejemplo, el liberalismo “apareció siempre en la historiografía como la ideología hegemónica durante el siglo xix” (Barrón 2002a, 120),⁶ de allí que el lugar común historiográfico sea el de la presencia “incuestionable” del liberalismo en la región (Jaksić y Posada Carbó 2011, 40), y, por tanto, el de la extendida supremacía de principios como el individualismo, la libertad, la división de poderes y la secularización (Breña 2013; Ávila 2007; Hale 2009; Martínez 2006). En esta perspectiva, la historia del liberalismo y la historia de las naciones modernas corrieron siempre de manera inseparable por el mismo cauce, imposibilitando desplegar cualquier afluente alternativo al del nacimiento liberal del mundo moderno occidental.

4 No deja de levantar suspicacias tan ferviente defensa del liberalismo, como congénito a la historia estadounidense, en pleno contexto de la Guerra Fría.

5 El ennoblecimiento de Locke como la principal figura intelectual de la Revolución se remonta, en la historiografía norteamericana, por lo menos, a *The Declaration of Independence* de Carl Becker (1922). La edición crítica de los *Dos tratados sobre el gobierno civil* de John Locke, publicada por Peter Laslett en 1960, tendrá un lugar central en el proceso de desencumbrar al filósofo inglés del podio habitual al que lo había elevado una historia de la filosofía anacrónica y teleológica (Méndez 1995; Bell 2014).

6 Desde esta interpretación, con el liberalismo no solo se impulsarían las independencias, sino que se extirparían contundentemente los resabios coloniales aún vigentes a mediados de siglo xix, pues, en un lugar común en el argumento historiográfico, a la independencia política de 1810 debía sucederle la independencia económica, social y cultural refrendada por las reformas liberales de 1850.

Así lo afirmó Jesús Reyes Heróles (1974) para el caso mexicano: el liberalismo “nace con la nación y ésta surge con él. Hay así una coincidencia de origen que hace que el liberalismo se estructure, se forme, en el desenvolvimiento mismo de México” (xii).⁷

El supuesto del “liberalismo natural” empezó a ponerse en duda, para el caso de Estados Unidos, en la década de 1960. En *Pamphlets of the American Revolution 1750-1776*,⁸ Bernard Bailyn compiló y analizó un número ingente de panfletos y discursos de la época revolucionaria de las Trece Colonias y encontró que el léxico utilizado en el siglo xviii contaba con autores (Maquiavelo, Harrington) y nociones (virtud, corrupción, libertad política) provenientes de tradiciones diferentes a la “liberal”, por ejemplo, que allí gravitaban de manera cardinal las ideas puritanas, el *common law*, la Antigüedad clásica y una tradición que bebía de las ideas revolucionarias inglesas del siglo xvii y que se caracterizaba, entre otras cosas, por la oposición entre virtud y corrupción, la defensa de la libertad política y la convicción de que el poder estaba basado en el consentimiento. La emergencia inesperada de esta última tradición, en torno a la cual se articularán las demás nociones, generará todo “un replanteamiento general de toda nuestra comprensión de la historia del pensamiento político moderno” (Méndez 2012, xl), pues dicha historia había sido narrada desde el protagonismo de conceptos como individualismo y propiedad privada que ahora, en comparación con conceptos como virtud y participación política, tomarán el lugar de actores secundarios, o, en el peor de los casos, de extras.

En esta empresa fue fundamental *The Creation of the American Republic, 1776-1787* de Gordon Wood (1969), quien aglutinaría en la etiqueta de *republicanismo*⁹ los textos recuperados por Bailyn, estableciendo, de paso, una línea de continuidad entre Aristóteles, Cicerón, Maquiavelo y la tradición *Whig*. De dicho republicanismo abrevó, según Wood, la Revolución de 1776, y al mismo renunció, con profundas consecuencias para la historia de los Estados Unidos, la Constitución federal de

7 Para una crítica al mito de origen liberal en la historiografía política latinoamericana véase Barrón (2002a, 2002b), Fernández Sebastián (2012c) y Cano, Suárez Cortina y Trejo (2010).

8 Obra en cuatro extensos volúmenes de los cuales únicamente se publicó el primero en 1965. Tan solo para el año 1776 Bailyn encontró la colosal cifra de cuatrocientos panfletos. El cuarto volumen incluiría el famoso *Common Sense*, de Thomas Paine, que Bailyn editó en una publicación aparte. La larga introducción de Bailyn a esta compilación se convertiría, con algunas modificaciones, en *Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana* ([1967] 2012).

9 No hay unidad entre las tesis “republicanas” sobre cómo etiquetar este conjunto de nociones. Wood usa *republicanismo*, Pocock prefiere *humanismo cívico* y Skinner apela a la tradición *neorromana*.

1787.¹⁰ El golpe definitivo a la tesis del liberalismo “natural” estadounidense lo dio J. G. A. Pocock ([1975] 2008), quien, en *El momento maquiavélico: El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, cuestionó la paradigmática caracterización de la independencia de las Trece Colonias como la primera revolución moderna, arguyendo, por un lado, que es “posible demostrar que la Revolución y la Constitución americana de alguna manera representan el último acto del libro del Renacimiento cívico” (563), y, por otro, que las ideas de la tradición del humanismo cívico (como prefiere llamar Pocock al republicanismo) proporcionarían la clave capital para comprender el pensamiento político del siglo XVIII en Norteamérica (y en Iberoamérica, se añadirá años después).

La presencia de esta tradición, alterna y previa al liberalismo, fue tomando vuelo mientras se iban afinando paralelamente sus postulados. Por ejemplo, Quentin Skinner, uno de los filósofos que recupera la importancia de la corriente republicana en la reflexión política moderna, insiste en que, en últimas, en el debate se hallan dos maneras antagónicas de entender la participación y legitimidad política, decantadas en dos concepciones distintas de la libertad: la del liberalismo (libertad como no interferencia), según la cual, para ser libre basta la “ausencia de impedimentos coercitivos” ([1998] 2004, 72); y la libertad del republicanismo (libertad como no dominación), según la cual “sólo se puede ser libre en un Estado libre” ([1998] 2004, 47). La diferencia fundamental entre estas dos concepciones de la libertad radica en que para la primera se puede ser libre aun en el caso de vivir en un Estado autocrático (el único requisito es que nadie obstruya mi accionar), mientras que para la segunda solo el autogobierno, esto es, la participación política activa en las decisiones de la ciudad y la búsqueda del bien público, garantizaría la libertad.¹¹

10 De paso, las relaciones y diferencias entre 1776 y 1787 se han convertido en uno de los principales debates de la historiografía estadounidense de las últimas décadas. Dicho debate busca establecer qué pasó con la tradición republicana después de 1787: para Wood, 1787 significó una profunda ruptura con 1776; para Pocock cierta continuidad, y para Bailyn, un punto intermedio.

11 Uno de los últimos espaldarazos a la tradición republicana (y a la noción de libertad como no dominación) lo desplegaron Philip Pettit y Maurizio Viroli. Para Pettit (1999), “tenemos todo tipo de razones para pensar que deberíamos recuperar ese ideal y reintroducirlo como un ideal universal para todos los miembros de una sociedad contemporánea” (23). En su pretensión, va mucho más lejos Viroli (2009): el filósofo cívico no solo debe restablecer aquella tradición que nos permite actuar de manera más sabia y justa, sino que además debe reemplazar al político corrupto y así “contribuir a que la democracia se parezca lo más posible a una república de verdad, en la que cada ciudadano, rico o pobre, noble o no, listo o estúpido, pueda vivir al margen de la humillación” (331). Así, aquella tradición dieciochesca, que en principio sólo pretendía explicar de manera alterna los orígenes ideológicos de las revoluciones de independencia, ganaría